

MUSICA

La música como elemento de la lucha de clases

LA LINEA GENERAL

Las artes plástica, cinematografía, literatura y música, son reunión de forma y contenido, condiciones inseparables para la realización de una obra artística. Son síntesis de sentimientos humanos y de imágenes inmediatas de las cosas; de belleza y técnica, de inspiración y reflexión.

Las artes son un producto social que, nuevo ejemplo de síntesis de opuestos, se manifiesta mediante individuos: los artistas.

Un artista tiene talento si produce lo que la clase social de la cual es portavoz exige de él, dándole los elementos necesarios para su creación.

La inspiración del artista es la forma de captar que tiene éste, los sentimientos de la clase social para la que trabaja.

La reflexión, opuesto de la inspiración, es su complemento indispensable.

“La historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases”. En esta tremenda pugna entre explotadores y explotados, las ciencias y las artes no son más que meros elementos. Una ciencia progresa, un modo artístico se desarrolla, sólo cuando una clase social tiene necesidad de ellos. Pero una vez iniciado ese progreso, ese desarrollo, la clase social que los ha provocado es incapaz de detenerlos o de torcer su rumbo. A lo sumo, puede tratar de disminuir la velocidad de su evolución. Y tiene interés en hacerlo, si no quiere dejar de existir, porque la ciencia o el arte, al ir más allá de lo que necesitaba la clase social que los concibió, se convierte en un elemento de su destrucción pues requiere la eliminación de esa clase o su sustitución por otra para que las condiciones económicas sean tales que ese progreso pueda ser aplicado.

Esta es la línea general que, invariablemente, ha seguido la humanidad en el desarrollo de las ciencias y las artes, desde que existen clases sociales.

Nos proponemos demostrar en este y otros artículos que seguirán, en qué forma la música se ha visto regida por esa línea general.

LA MUSICA

Entre todas las artes, la música tiene características especiales. En ella, las imágenes inmediatas de las cosas son: el canto y las combinaciones de sonidos y ruidos imitativos, es decir, la onomatopéya, existente en toda obra musical; el canto, como imagen del personaje representado por el cantante. La onomatopéya, como imagen de las cosas y personajes no humanos. Por ejemplo: las aves, en la Sinfonía Pastoral de Beethoven; el viento, en la cabalgata, de las Walkirias de Wagner; la locomotora, en el Pacifico de Honneger; la fábrica, en la Fundición de Acero de Molossos; el baile, en multitud de obras clásicas y populares; etc.

Los sentimientos humanos que expresa la música, lo mismo que cualquier otro arte, son los que tienen los hombres constituyentes de la clase social que crea, mediante sus artistas, dicha música.

Esa fidelidad, expresión de la debilidad física en que se debatían las mujeres de la clase dominante de fines del siglo XVIII, y que tuvo su intérprete más genial en Mozart, es un sentimiento inconcebible en el acerrado cantor del triunfal proletariado soviético: Molossos.

La burguesía, al nacer potente, enérgica, grandiosa y revolucionaria, exteriorizó esos sentimientos mediante el genio de Beethoven. Ahora, terminando su misión histórica, manteniéndose en el poder sólo gracias a la represión sangrienta, declara su decadencia en el pentágono de los cantores de su degeneración: Respighi, Ravel, etc.

Sin embargo, la música se perfecciona cada vez más en su parte técnica (nuevas formas, acordes, instrumentos), perdiendo belleza para el oído acostumbrado a la música anterior y preparando la belleza (sensación de placer) que producirá la música futura, la música

creada por el proletariado en el poder: fuerte y constructiva.

Hoy la música ha llegado a un punto, del cual, si quiere salir (y debe hacerlo), pues las condiciones económicas, al transformar la sociedad, se lo exigen, requiere en los músicos una conciencia de clase; una conciencia clarificadora que permita al artista exteriorizar la tensión revolucionaria de las clases oprimidas y explotadas, contribuyendo así a aumentar más aun su potencia.

LA MUSICA RELIGIOSA

En la época de los griegos, según nos lo dice Platón, la música servía para modelar el carácter de los hombres; es decir, que en aquella sociedad esclavista la música era usada clara y confesadamente como medio de dominación de clase.

Durante la Edad Media, bajo el sistema feudal y ahora, bajo el sistema capitalista, ocurre exactamente lo mismo, aunque de modo menos claro y confesado. En efecto, mientras haya una clase estéril dominante, ésta ha de usar de todos los medios para afianzar su dominación sobre la clase productora y explotada. Entre esos medios, las artes son un auxiliar poderoso. Y entre las artes, la música es uno de los más notables a causa del influjo potente que ejerce sobre los sentimientos humanos.

En ese sentido, una de las formas más claras que ha adoptado este arte es la música religiosa. Las clases explotadoras dominantes se han servido siempre de ese producto de la ignorancia y de la falta de libertad que se llama religión.

Entiende como libertad, no la dictadura burguesa, como pretenden hacer creer los “socialistas”, sino la conciencia de todas las clases oprimidas acerca de sus necesidades, es decir, el conocimiento de las mismas y del modo de satisfacerlas y superarlas.

(continúa en la pág. 18)

La construcción locativa (final)

Las fotografías que inserta Knickerbocker dan una idea precisa de lo que es el nuevo Nijni Novgorod. Las construcciones no parecen tener mucha relación con el plan Zelenko. En lo que puede juzgarse, ya que en las fotografías las casas no están aún terminadas, parece que éstas fueran del tipo cuartel, con poco espacio de separación. La ilustración que da el mismo libro para Bakú es más interesante. Los bloques de casas están edificadas alrededor de patios interiores que comprenden, probablemente, edificios comunes. Estas casas, completamente blancas, de dos pisos y planta baja sobrealzada, tienen un aspecto sencillo, pero sin rigidez. Las calles son muy anchas y, pese a la simetría que puede observarse, no producen impresión de monotonía.

Queda, empero, para realizar. Para ellos, cada adulto debía tener su estos proyectos, dos obstáculos principales: la falta de recursos financieros y materiales y la insuficiencia de técnicos.

En lo que se refiere al primer obstáculo, hemos visto que el C. C. del Partido Comunista había tomado posiciones claras, en 1930, contra la prodigalidad en materia de habitación. Esta tendencia se acentuó más desde entonces. La U.R.S.S. dispone de enormes recursos forestales y la construcción de casas de madera resulta un 30 por ciento más barata. En 1931. Se encargó a una organización en favor de la construcción en serie de las casas, sobre todo de madera. Aquí también intervino el C. C. del P. Comunista, con un decreto de 25 de Marzo de

Fascismo y balchevismo (final)

lo Mussolini o a lo Hitler, proclamando sagrada la legalidad burguesa y condenando a muerte la lucha proletaria.

La superación de la lucha de clases es también una idea muy cara para la socialdemocracia, que la entiende al modo... de la burguesía.

¿Qué otra cosa es el socialismo de Repetto y de la II Internacional, la Internacional de la legalidad burguesa?

Los mangones de la C. G. T. no son también “un ensayo para superar el viejo juego hostil entre capital y trabajo”? Sin embargo, ese “ensayo” termina siempre en la entrega de los obreros a las exigencias de los patronos.

Ni más ni menos les sucede a los campesinos con su dignísimo señor Piacenza, duce de la Federación Agraria Argentina.

¿Cuántos “ensayos” y en realidad cuántas entregas!

Con su afirmación Santillán le hace un imponderable favor a la burguesía que precisamente exhibe al Estado fascista como al Estado ideal, el Estado en el cual se superan las contradicciones del capitalismo. En este punto están de acuerdo los ideólogos anarquistas, socialistas y fascistas. La que nunca estará de acuerdo es la clase obrera.

En tercer término resulta que Santillán cree que el Estado proletario es, al igual del Estado fascista, un ensayo para superar la lucha de clases.

Y esto tampoco es cierto, porque en el Estado proletario las clases existen todavía, aunque en vías de desaparición. El Estado proletario es, como ya hemos dicho, el Estado de la dictadura revolucionaria del proletariado. Y la dictadura del proletariado no tiene nada de conciliadora, ni de superadora. La dictadura del proletariado lucha por el aplastamiento de la burguesía.

(Continuará en el próximo número)

1931. Se encargó a una organización especial, el “Standardjiltrolj”, la provisión de los diversos materiales a los constructores, especialmente las piezas de madera “standard” para la construcción.

Los diarios publican regularmente boletines sobre el suministro de esas piezas sueltas. Es de notar que no se trata de la construcción de pequeñas casitas, como las isbas campesinas; estas casas de madera pueden tener hasta tres pisos. Además, para reunir los fondos necesarios se hizo un llamado a la población, aconsejándole que depositara sus fondos en las cooperativas locales (1). Pero para atraer esos capitales ha sido necesario no contrariar las costumbres antiguas. Esto bastaría ya para explicar por qué en muchos casos, se ha continuado edificando alojamientos con cocinas individuales, granero y sótano. En efecto: la mayoría de las mujeres obreras no pueden acostumbrarse aún a la comida de restorán. En el terreno de la educación de los individuos, hay todavía bastante por hacer. Piensan los dirigentes que esta educación no podrá terminarse sino a la larga, cuando las instalaciones colectivas aparezcan más ventajosas. Así como la colectivización agrícola tuvo éxito recién cuando los campesinos se convencieron de que la granja colectiva produce más con menos trabajo.

En lo que se refiere a los técnicos, la dificultad es doble. Por una parte se observa, como en otros órdenes, una falta de obreros calificados y de arquitectos y constructores. Además, parece difícil establecer un acuerdo entre los puntos de vista de los arquitectos competentes. Son característicos los cambios de frente, simplemente en lo que se refiere al emplazamiento de las nuevas ciudades. Novodibirsk debía, primero ser construida sobre la orilla izquierda del río; los trabajos ya habían comenzado cuando se decidió construirla sobre la margen derecha. Finalmente, se volvió al plan primitivo. Para una construcción tan importante como el Magnitogorsk, se discute aún el plan definitivo. Se comprende, entonces, que hayan recurrido a arquitectos extranjeros. El decreto de Septiembre de 1930 del Comisariado del Interior, mencionado más arriba, especificaba la necesidad de este aporte. A fines de 1930, un grupo calificado de arquitectos de Francfort, con Ernst May a la cabeza, asesoró al gobierno ruso en la construcción de ciudades nuevas. Igualmente, se ha recurrido a los servicios de extranjeros para colaborar con la organización que tiene a su cargo la reconstrucción de ciudades antiguas.

Los resultados de la conjunción de estos esfuerzos financieros y técnicos, serán perceptibles recién dentro de algún tiempo.

El monopolio y la guerra (final)

pendencia económica, etc., prueba irrefutable de que el Estado lejos de ser imparcial refleja fielmente los intereses de la clase que detenta el poder, la clase capitalista.

El proceso evolutivo descripto nos conduce a una situación tal que la ganancia está supeditada no ya a la calidad de los productos elaborados sino al número de compradores forzados, a quienes no queda otro recurso que surtirlos de la producción nacional a precios que ella fija a su arbitrio. Se comprende de inmediato que los capitalistas de cada nación tratarán de que aumenten indefinidamente esos compradores obligados. Lo conseguirán en, cercando mayor extensión de territorio dentro de los barrotes de la reja aduanera, que sirve para delimitar jurisdicción, entre los diversos capitalismo nacionales.

Pero como todo, los países convergen a ese punto surgen intereses encontrados. ¿Qué es eso sino la GUERRA?

LIBROS

HUMANIZACION DE LA PEDAGOGIA

NOTAS SOBRE UN LIBRO DE LAZARO SCHALLMAN

Para el maestro en acción, demasiado empapado en la realidad de su aula como para que necesite le desentran el hambre y la miseria del escolar, la rutina en la enseñanza y el automatismo de los métodos, cada nuevo teorizante de la pedagogía que se levanta para hacer notar las fallas de esa educación debe aparecerse, sin duda, como un nuevo inventor de la pólvora. Pero el humo de la réclame que rodea al “inventor” es tal; la racha de apasionados de la salud del niño y apóstoles de la educación tan sostenida y renovada en nuestro tiempo; su habilidad o su inconsciencia para escamotear tras los perfiles filosóficos la pulpa del problema, tan grande que espontáneos o forzados, los maestros argentinos se han enrolado en cantidad alrededor de nuestros tardíos heraldos. Verdad es que sus clarines han sonado casi siempre con voz tan cansadora que luego de salir de una clase de Cassani en las “Jornadas” de Febrero, por ejemplo, los maestros sólo deben haber sentido como primera necesidad la de dormir su buena siesta en un holocausto de la escuela “activa”. Verdad también que el Ingeniero Pico supo esquivarla con sabiduría haciéndola sinónimo de “comunismo”; y que Mantovani disimuló tan bien el “nuevo” pensamiento tras sus “weltauschung” y “lebenschaung” recién sacaditos del horno, que casi no ha habido tiempo de que los maestros se entusiasmen con las cosas viejas de nuevos colores.

Pero donde la savia ha podido pasar, aunque monótona y tardía, ha dado allí sus brotes. Mendoza apareció llevando el estandarte del progreso, y para que un libro que apoyara con la teoría los mismos pálidos intentos que mostró la Exposición de las Escuelas Mendocinas en la escuela Roca, Lázaro Schallman, “Miembro por concurso del cuerpo de Inspección Técnica de la Dirección General de Escuelas de Mendoza”, nos ha dado a principios de este año sus Ensayos, bajo el título de “Humanización de la Pedagogía”.

Digamos ya con sus palabras que esos Ensayos “responden al afán de humanizar las concepciones pedagógicas anclando sus postulados en el fondo de la realidad social”. Tarea que en manos de un pequeño burgués queda ya lista con barulzar la realidad social con el “democracia”, y que miraba por quien sepa burgalar bien al fondo implica nada menos que una transformación revolucionaria de esa realidad.

Porque una cosa es que están de acuerdo Schallman y la mayoría de los vanguardistas es en erigir a la miseria como madre de los derechos de la infancia para reconocer al mismo tiempo la imposibilidad de exterminarla de raíz. Han sido los progresos de la biología quienes escogieron el cuerpo humano para centro de prolifas investigaciones hasta asentar que la mayoría de sus vicios de conformación

o sus líneas de fractura reconocen una causa social: la situación de miseria de la madre embarazada y el ambiente antihigiénico del recién nacido. Pero preocupándose de la solución del problema o dándosele con el consejo de adoptar “regímenes lenificativos”, los nuevos educadores, nuevos ríos de la biología, gritan por sobre todas las cosas que la educación debe obedecer a imperativos biológicos. Al elaborar sobre esta base todo un mecanismo de métodos y técnicas apropiados, presuponen así una constitución orgánica sin retardo como es la de la clase social que sirven, y levantan así sus postulados educativos sobre una biología de clase.

Cuando Schallman señala la nota característica de la nueva educación en el intento por “añejar del niño la imagen de la tristeza que cubre la vida contemporánea” deja caer, casi sin darle importancia, una observación que la tiene. “Diversas causas sociales, primordialmente la miseria — dice — continúan dificultando la expansión de la alegría sana y creativa”. Pero todo se habrá arreglado “el día en que la educación forje positivamente en los espíritus raudales de energía batalladora”. Es decir, frente a la miseria generadora de tristeza, levantemos la escuela, restauradora de energías. En el fondo de todo gran educador puede encontrarse a veces un ingeniero. No es Schallman el primero en sostener que “la escuela puede cambiar al mundo”. Pero son muchos más los que al decirlo saben que la rotunda frase entre comillas es un globo inflado de hipocresía.

La escuela ha sido y es, escuela de clase, y como tal sólo contempla los intereses de la clase que sirve. Si ella intenta una reforma dentro de ese mundo no sería más que para apuntalarlo en su provecho. “Es su misión educar a la descendencia de la clase sometida en el respeto de la clase dominadora y de su organización económica y política. Y esta misión la comparte con la fábrica, la policía y el cuartel”. Un rápido paseo a través de la historia es suficiente para mostrar que estas palabras de Otto Rühle no son aberraciones de exaltado. A través de sociedades con organizaciones económicas distintas e instituciones peculiares, la historia de la educación puede seguirse en la historia de las clases dominantes. La idea de una “educación popular” es relativa de nuestra época. Y este mínimo de educación que exigía la naturaleza de la nueva industria y que tiene un contenido burgués bastaría para confirmarnos en esa interpretación. Porque cuando el Estado obliga al maestro a desmenuarse de sus ideas sociales al entrar al aula y le impone como misión formar “buenos ciudadanos” y “excelentes patriotas”, sólo persigue instaurar como definitivo y fatal en la conciencia del educando el orden social que lo sustenta: el orden capitalista. Y cuando en el primer capítulo de su moral coloca “el respeto de las sa-

gradas instituciones”, quiere tan sólo sustentar la reverencia de la burguesía. En su discurso al hacerse cargo del rectorado de la universidad, Angel Gallardo lo ha dicho con claridad meridiana. “La Universidad — afirmó con énfasis — no tiene solamente por misión el estudio y el progreso de la ciencia abstracta, sino también la formación del carácter nacional y de las clases dirigentes de la sociedad”.

Toda teoría pedagógica que para elevarse se desentiende de las luchas de clases, está pues, al margen de la vida. Y así, sostener como sostiene Schallman, que en nuestros días y con nuestra estructura social-económica deba lucharse por levantar una escuela que no tenga ni la altivez clasista burguesa de la “Escuela de las Rocas”, ni el ímpetu proletario de la escuela rusa, es inventar una etiqueta para un fraseo vacío. La altivez clasista no se descaja sino descajando la existencia misma de las clases, y esa no puede ser obra de ninguna escuela en una sociedad de clases.

Nadie ha visto mejor que María Montessori (según Schallman) la contradicción de la escuela y la vida. Nadie ha merecido tampoco más calido homenaje de la burguesía mundial, por untar de misticismo humanitario una realidad que es mejor no mostrar en carne viva.

Porque todo el capítulo que Schallman le dedica y en el que ella aparece, palpitante, como “símbolo de fervor humanitario y de conciencia social” la muestra en sus hallazgos venerables y en sus conclusiones mezquinas. Respetable cuando investiga los orígenes biológicos y sociales de las anomalías congénitas; cuando descubre la brutalidad de una enseñanza antinatural y esclavista; cuando auspicia una reforma total de los métodos pedagógicos y preconiza la libertad individual del escolar; se nos aparece en cambio enemiga del “desarrollo libre y pacífico de la vida”, enemiga de “ese hombre fisiológicamente misero que la sociedad debe levantar”, cuando erige al maestro como mayúscula en conciliador de la miseria y la vida; cuando reserva a “la ciencia pedagógica la noble tarea de la redención humana”; cuando destaca la necesidad de que “el magisterio asuma una grandiosa maternidad social destinada a proteger a todos los hombres normales y anómalos”. Palabras que están estampadas con ligeras variantes en los Estatutos de todas las Ligas Patrióticas y las Casas del Canillita del mundo; palabras que se repiten en todas las reuniones de caridad de damas copetunadas o de gentes sinceras, pero con las cuales no es posible “redimir” los cincuenta millones de desocupados que ante sus ojos languidecen de hambre con sus mujeres y sus hijos.

Pero donde Schallman ha puesto el verdadero espíritu que alienta la “nueva educación” es en los dos últimos capítulos del libro: “Los sociólogos de la pedagoga” y “Los ideales de la educación biológica frente a la realidad social”.

Reconoce Schallman que siendo el de la educación un problema de carácter eminentemente social, es la cuestión de clases la primera que se plantea al abordarlo.

“Se quiera o no, forzoso es admitir la realidad de su existencia. Los hechos cotidianos demuestran con la elocuencia irrefragable de las cifras estadísticas que la cuestión de clases no ha sido resuelta ni siquiera en apariencia por los regímenes democráticos. Desde el estallido de la Revolución Francesa viene pregonándose, en efecto, el derecho que todo hombre tiene de ser puesto en posesión plena de su capital biológico. Sin embargo, ese derecho continúa siendo una abstracción. Ni la escuela atiende en lo más mínimo el factor antropológico en la educación de la infancia, ni responde la organización de la vida colectiva a las exigencias de la salud física y espiritual de los hombres. La socialización de la cultura humana sólo ha tenido hasta hoy un valor especulativo. Las fuentes de la cultura sólo están abiertas a ciertos grupos de la sociedad, mientras que los otros viven condenados a la ignorancia y al ejercicio de menesteres serviles.”

En otras palabras, nuestra sociedad actual nos muestra enfrentada, sus dos clases sociales, burguesía y proletariado. Desde la primera de los hilos de la cultura, la ha sazonado con dogmas que la apuntalan y que son un instrumento más para mantener sometida a la segunda. Donde esta segunda clase ha logrado imponer revolucionariamente sus derechos, como en Rusia, la cultura le pertenece y es también un instrumento a su servicio. Escuela de la burguesía, escuela del proletariado, dice Schallman, tienen vicada su fuente: son escuelas de clase. La escuela “nueva”, en cambio, la “verdadera” escuela, la escuela que surgirá de una pedagogía humanizada, estará a igual distancia de una y de otra... Pero hasta el lector más despreocupado se le plantea entonces un dilema resquemante: mientras la sociedad está dividida en clases, la escuela será clásica. Llegada la Escuela Nueva como panacea “mundis” no puede levantarse en nuestra organización actual de tipo clasista. ¿Sobre qué realidad social cristalizarán sus postulados? Una voz de profeta ha de tranquilizarse entonces, sentenciando: LA ESCUELA NUEVA INSPIRARA SU ACCION EN EL ESPIRITU DE LA DEMOCRACIA AUTENTICA...

¡Pobre democracia!, tan traída y llevada, tan requerida y manoseada como argumento plástico de las más opuestas concepciones que morirá sin desarrollar jamás su cuerpo “auténtico”...

Una escuela ajena a las luchas de clase no es posible sino en una sociedad sin clases. Pero para poder llegar a esta conclusión, necesario es haber superado la actitud pequeño burguesa que empapa el libro entero. No sospechándola siquiera, todo el armamento que Schallman propone para elevar la tan dichosa escuela, tiene la lógica y el rigor de todas las utopías.

“A nada conducirán las transformacio-

(Continúa en la pág. 18)